

# **José Luis Villacañas**

# **NEOLIBERALISMO**

# **COMO TEOLOGÍA**

# **POLÍTICA**

HABERMAS, FOUCAULT, DARDOT, LAVAL Y  
LA HISTORIA DEL CAPITALISMO CONTEMPORÁNEO



© José Luis Villacañas Berlanga, 2020

© Prólogo a la segunda edición: José Luis Villacañas Berlanga, 2026

Corrección: Marta Beltrán Bahón

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Ned ediciones, 2020

Primera edición: junio, 2020

Segunda edición: febrero, 2026

ISBN: 979-13-87967-21-5

Depósito Legal: B 3260-2026

Impreso en Podiprint

*Printed in Spain*

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

**Ned Ediciones**

[www.nedediciones.com](http://www.nedediciones.com)

## ÍNDICE

<b>Prólogo a la segunda edición</b> .....	9
<b>Prefacio</b> .....	31
<b>1. Habermas y el sentido epocal de la respuesta neoliberal</b> .....	35
<b>2. El nacimiento de la biopolítica</b> .....	55
<b>3. La experiencia de Europa</b> .....	71
<b>4. Neoliberalismo como teología política</b> ....	97
Una definición .....	97
El tiempo de la aceleración y de la totalidad .....	103
Foucault sobre neoliberalismo: gubernamentalización y biopolítica .....	107
Neoliberalismo y el final del eón del Estado: bloques y globalización .....	116
Interludio teórico: Foucault, pensador de la hegemonía .....	122

Neoliberalismo: poder imperial y gobierno pastoral .....	132
Viejo y nuevo puritanismo .....	140
Neoliberalismo y comunidad de salvación....	156
Formación de medio y aspectos antropológicos del cuidado de sí neoliberal .....	168
<b>5. Teología política y ontología del presente</b> .....	187
Temporalidad originaria y latencia .....	191
Capitalismo, mundo de la vida y naturaleza .....	197
Crisis.....	201
Vidas precarias .....	207
Terror .....	210
Terror público .....	220
<b>6. Común</b> .....	229
<b>Post scriptum</b> .....	267

«Sería más correcto decir que la política ha sido, es y seguirá siendo el destino, y que lo único que ha ocurrido es que la economía se ha transformado en un hecho político y así se ha convertido en el destino».

Carl Schmitt, *El concepto de lo político*  
Alianza Editorial, pág. 105



## PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

A unos años de escribir este libro, estamos en condiciones de medir hasta qué punto ha cambiado el tiempo presente justo alrededor de la siguiente cuestión: ¿sigue en pie el neoliberalismo? Algunos autores importantes, como Wendy Brown, dicen que sí; otros, como Gary Gerstle, dicen que no. Por la parte de Chamayou se habla de liberalismo autoritario, centrándose en Schmitt, mientras Claudia Atzeni habla en la misma línea de liberalismo autoritario, pero para identificar la crisis de la Unión Europea a partir de Hermann Heller, el verdadero creador de este concepto en su comentario al artículo de Schmitt de 1932 «Estado fuerte y economía sana». Así que, con esta mínima aproximación a la literatura reciente, podemos preguntarnos con cierta razón: ¿qué queda en pie de la tesis de este libro sobre el neoliberalismo como teología política? ¿Por qué tiene sentido reeditararlo?

La respuesta más sencilla es esta: queda en pie el capitalismo y queda en pie la teología política como programa de gobierno del poder. En verdad, mi libro quería ser sobre todo una contribución a la historia del capitalismo contemporáneo desde el punto de vista de su ideología de base neoliberal, que puso fin a la contemporaneidad clásica que se mantenía formalmente anclada en el programa normativo ilustrado. Algunos de los elementos de esa ideología neoliberal han cambiado, pero no la estructura básica de la ideo-

logía, su condición teológico-política, pues el capitalismo la necesita. Esa parte central que no ha cambiado es la que inexorablemente sirve al capitalismo, la que no puede cambiar, su dimensión teológica, casi propia de una teodicea, de legitimación y justificación de la desigualdad. Ahí está la clave de la resistencia y de la permanencia de la teología política. La historia del capitalismo sigue abierta y quizá haya que escribir la historia de un nuevo episodio de su andadura, ya inevitablemente mundial. Pero esa nueva etapa, en caso de que estemos en ella, no se podrá escribir sin comprender la época neoliberal y su teología política propia. Quizá ello permita pensar que este libro todavía sigue teniendo vigencia.

Es verdad que, como dice Gary Gerstle, el neoliberalismo constituye un periodo del capitalismo contemporáneo que ha dominado desde Reagan y Thatcher hasta Biden. En las últimas décadas ha sido la ideología de la vieja izquierda, desde Tony Blair y Clinton hasta Obama. Tenía elementos culturales claramente tomados de la agenda progresista, como el aumento de la libertad, la limitación de la acción del Estado, el cosmopolitismo, la apertura de horizontes culturales, los elementos woke, la defensa de la pluralidad de lo humano al mismo tiempo que el rigor en el respeto de la diferencia. Fue ese el momento en el que se rozaron las aspiraciones anarquistas de Foucault, canalizadas ahora por las exigencias liberales, en sentido cultural. Pero su agenda económica era la misma que la de la derecha: la globalización neoliberal de mercados, el abandono de la agenda social, el Estado y la desregulación como forma de servir a los

intereses del capitalismo occidental. Desde cierto punto de vista, Foucault fue representativo de esa época, en su edad de oro, con su odio al Estado y su exigencia de libertad cultural. Todo sucedió antes de que apareciera ante nosotros lo que estaba idealmente implícito en el propio Foucault, que aquel primado de la libertad y aquel desmantelamiento de la agenda social del Estado no era sino la forja de una nueva e intensa desigualdad humana, que no dejaría de producir unos estratos que se verían a sí mismos como una nueva aristocracia mundial. Ante esa desigualdad y sus formas, centradas en lo que este libro conceptualiza como «vidas precarias», el neoliberalismo presentó la realidad de sus promesas, su cara irreconciliable con el pensamiento de la emancipación y su necesidad de legitimación en tanto productor de esa diferencia radical, mucho más profunda que las identidades culturales diferenciadas que permitía. En realidad, Clinton separó con atención la agenda cultural de Reagan de su agenda económica. Aceptó la globalización como forma de expandir el dominio americano en el mundo, pero la puso al servicio del progresismo cultural, la discriminación positiva, las políticas de la diferencia. En cierto modo, asumió una coherencia liberal en lo económico y en lo cultural, algo que Reagan había desdeñado. Sin embargo, el pragmatismo de poder del Estado, por mucho que hubiera abandonado la agenda social, o porque la había abandonado, impuso sus exigencias de dominación con una continuidad que no permitía diferenciar las variaciones presidenciales. Aunque Clinton asumió el *soft-power* sobre la base de una globalización económica, promovió in-

tervenciones de *hard-power* dirigidas a mermar la presencia de Rusia en el mundo en la misma línea de los republicanos de viejo cuño como Bush o Cheney, con sus intervenciones en Kuwait, Irak y en Afganistán. Esta organicidad de la política de poder, que tenía implicaciones bipartidistas, ciertamente ya no se da.

Todos los elementos se han reajustado y presentan una *Gestalt* diferenciadora que puede ser analizada. Su estructura profunda, que quizá marque un nuevo giro en la historia del capitalismo, ya se puede apreciar. Pero lo que debemos reconocer es que, sea lo que sea esta nueva época, está en continuidad con las tensiones y direcciones en que acabó resolviéndose el programa neoliberal, cuando se comprendió que sus principales benefactores eran China y Europa, y no EE. UU. Creo que eso es lo que quieren decir en el fondo los pensadores que señalan que la época Trump no es sino la época neoliberal acompañada de autoritarismo. Se trataría de una continuidad parecida a la que Hitler representó respecto de la política imperial del II Reich alemán. Sin embargo, la continuidad no estaría tanto en la propia de las políticas económicas, sino en cierta interpretación de la economía como el lugar en el que se sustancia la diferencia esencial de la humanidad, la desigualdad de vidas que gozan de una libertad frente a las que siguen siendo vidas precarias. Esta continuidad debe asumirse. Tanto aquel neoliberalismo en su fase de consumación como la nueva época proclaman de forma clara que el enunciado de la igualdad humana, la verdadera tesis fundamental de las ofertas de

emancipación, ya no puede considerarse como verdadero. Pero ese enunciado es el punto crucial sobre el que se legitima toda teología política.

En efecto, no hay lugar desde el que se pueda enunciar la radical y esencial diferencia entre los seres humanos que no sea el teológico. Solo desde un lugar trascendente, desde un afuera de la humanidad, se puede disponer de un criterio de diferencia entre los seres humanos. Aquí la teología política, como toda teología, se opone a la mentalidad religiosa, que anima a defender esa igualdad radical de los humanos. A diferencia del puritanismo clásico, que reconocía que la diferencia de salvados y condenados se realiza desde la trascendencia, pero que permanece anclada y válida solo para la trascendencia, la actual teología política asume que la diferencia trascendente que divide a los seres humanos de forma irreparable tiene que manifestarse no tanto en el más allá, sino en el más acá. El puritano se avergonzaba de su riqueza, y de ahí su impresionante modestia y ascetismo. La economía no era el campo en el que la diferencia salvado-condenado se sustanciaba, sino el ámbito en el que se mostraba la eficacia de la gracia justo en la producción del *common best*. La diferencia estaba al servicio de la expansión del confort igualitario. Sin embargo, ahora sí es el lugar en el que se revela la diferencia mundana entre los seres humanos. Y no solo se refleja en la economía, sino también en la estructura del poder.

Por supuesto, los nuevos profetas de la desigualdad no pueden diferenciar entre economía y poder, algo a lo que

los puritanos fueron muy hostiles. Sin embargo, en la época neoliberal, la diferencia económica era la sustancial. La vida precaria se basa en la dimensión económica. Ahora la economía es un mero instrumento, no la piedra de toque de la diferencia. Esta viene asentada en la dimensión de enemistad cultural. Y esta es privativa. No se puede globalizar. En este sentido, lo que caracteriza a los seres humanos diferentes es una estructura genérica de virtud, inteligencia y riqueza, que, en un universo plenamente carente de religiosidad, invoca sencillamente una diferencia interna a la naturaleza humana. Y esta se aprecia desde la trascendencia de quien mira el largo camino evolutivo de la vida. La evidencia desde la que se establece la diferencia de enemistad es la interna al curso evolutivo de la vida que, considerada como historia de la especie, diferencia y distingue entre amigos y enemigos, entre perdedores y ganadores. Nadie debe ser ingenuo, dice Thiel, y creer que el perdedor sigue siendo fiable. Y todos deben alinearse entre amigos y enemigos, entre perdedores y ganadores. Que esto sea una teología política secularizada no es un obstáculo para que dirija el gobierno de las almas.

Esta diferenciación radical entre los seres humanos ya estaba presente en el resultado histórico de la aplicación de la ideología neoliberal. Las vidas precarias eran las de los perdedores. Para que brillara, resultaba preciso llevar el proceso económico a su máxima expansión y a su valor absoluto como prueba de fuego de que esa diferencia era el fruto de la naturaleza de las cosas. El propio comercio global y la competencia plural garantizaba la producción permanente de dife-

rencia. Alejando el programa emancipatorio, esa producción de diferencia era lo que ahora se llamaba progreso. Generaba una desarticulación de mundos de la vida, pero de ellos surgían los *parvenus* competitivos, las especies periféricas que mostraban su valor alcanzando los puestos privilegiados del comercio mundial. Ahora, esas vidas precarias pueden salvarse si se pasan a las filas de los vencedores, si confiesan enemistad radical a los que los vencedores decreten. Para ellos se ofrece la lógica sacrificial de una teología política explícita. Así, la nueva mirada sobre la diferencia se ha tornado más compleja, como si las nuevas elites —en muchas ocasiones tan desarraigadas como era previsible desde el cosmopolitismo neoliberal progresista— tuvieran necesidad de una comprensión más intensa de su propia legitimidad. No han triunfado solo por la lógica del mercado. Han triunfado por su capacidad de representar una humanidad evolutivamente más digna de sobrevivir y de mandar, aquella humanidad por la que cualquier fracasado puede sacrificarse y redimirse. No es el mercado el que diferencia, sino las propiedades inherentes de inteligencia, carácter, virtud, arrojo, decisión, lucidez. En este sentido, la estructura legitimadora cambia y adopta rasgos teológicos explícitos, sacrificiales. La necesidad evolutiva consolida el proceso de diferenciación. No se trata de que la libertad natural traiga estas consecuencias diferenciadoras, sino de que esas elites triunfadoras necesariamente tienen que ser libres políticamente para mantener abierto el proceso evolutivo. Ahora se trata de mando y de obediencia. Y el que manda ofrece redención. Eso explica-

ría el misterio de que los perjudicados por el abandono de la agenda social, portadores de la vida precaria, constituyan los primeros apoyos de esta nueva política. En realidad, son los más necesitados de redención por el sacrificio. René Girard da la palabra central de la situación.

Pero para desplegar este nuevo programa, debe alterarse el principio mismo de autopresentación de los nuevos líderes y, con ellos, de las formas de gobierno. Eso es lo que han llevado a cabo los dos discípulos de Girard, Peter Thiel y Alexander C. Karp, cofundadores de Palantir. Para explicar este movimiento, decisivo para entender el nuevo momento de la vida contemporánea, debemos hacer alguna consideración adicional. Frente al *dominium* de los globalistas, como vio de forma clara Slovodian, se impone ahora el *imperium* directo de un Estado reconocible con sus aspiraciones de identificar una paz mundial bajo su protección. El *dominium*, como Koskeniemi había visto, era una categoría de la libertad privada y de la propiedad, y fue la aportación de la tardoescolástica europea desde Cayetano, en su intento de contener el avance de los nuevos poderes estatales e imperiales de los siglos xv y xvi. Al estar protegida políticamente por la monarquía hispánica, esta forma específicamente católica de pensar se perpetuó al hacerse con el monopolio de la dirección cultural, tal y como se ve en teólogos como Vitoria. Con una estrategia muy bien diseñada para desarmar al enemigo —la propia monarquía hispánica—, Hugo Grotio asumió estas tesis teológicas escolásticas como estandarte de la política anti-imperial de las Provincias Unidas. Así recla-

mó la libertad de los mares y el sometimiento del Estado a la defensa de los intereses derivados del *dominium*. Esa fue la lógica neoliberal propia de los globalistas. Cuando ese espacio global se fractura con la escisión amigo/enemigo, entonces se impone el *imperium* como principio del orden y su legitimación última es su elevación a *defensor pacis*.

Ese paso es el que se ha dado con la nueva presidencia Trump. Pero al proponer la necesidad de que el Estado se implique en la producción de una *pax americana*, ahora de naturaleza política, el nuevo principio de gobierno debe asegurar también la libertad de los portadores de la apertura evolutiva de la especie humana, los garantes de la innovación, los que abren nuevos nichos a la evolución del *capitalismo*, los portadores de la nueva industria de la inteligencia artificial. En este sentido, se otorga al Estado una funcionalidad convergente con la que reclamaba el neoliberalismo, pero al mismo tiempo divergente de ella. El Estado no debe regular ni debe intervenir en la economía, no debe entorpecer la evolución del capitalismo, que es el entorno en el que se origina la nueva aristocracia del espíritu. Pero los conflictos ya no se resuelven pacíficamente por el comercio o por los tribunales internacionales elevados al efecto, sino directamente por el *imperium* estatal. Se reduce el Estado y al mismo tiempo se lo refuerza. Estado fuerte y economía sana, desde luego. Pero con diferencias respecto de Schmitt, que luego veremos. El Estado acepta el *dominium* de esos superhombres que no pestañean en decir que aspiran a la inmortalidad. Pero la necesidad de proteger y garantizar

su campo de acción frente a los simples mortales resentidos por su superioridad, o a los otros Estados envidiosos de su poder, ya no puede bastarse con ese tipo de justicia, que de hecho mantiene un resto último de apariencia de *fair play* en tanto comparecencia en los tribunales. La misma noción de justicia común, que supone de alguna manera el principio de igualdad, es negada. Ahora la garantía de ese *dominium* tiene que proceder de una dimensión política, dadas las masas de resentidos individuales o estatales, internos o externos, que amenazan la libertad de estos superhombres. Por tanto, el complemento de ese *dominium* no puede ser el *soft-power*. Debe ser un *imperium* capaz de brillar con su justicia propia, que es, como todo el mundo sabe, la ley del más fuerte, la única que rige en la escala evolutiva como proceso trascendente en el que la humanidad viene embarcada desde hace millones de años.

El *imperium* es lo que debe brillar. Solo eso permite asegurar la diferencia que se supone ya establecida entre los condenados y los salvados por la evolución. Esta comprensión de las cosas, claramente supremacista, no tiene componentes raciales iniciales como en Hitler, ni se presenta como una raza homogénea superior, algo que tenía demasiadas contradicciones como para ser mantenido como base de un *imperium* mundial. Ahora se trata de una selección cuyo protagonista es siempre el singular individual. La reacción contra los hispanos puede ser impulsada por personas como Ted Cruz o Rubio, porque no se hace tanto en nombre del principio de la raza inferior, sino desde el principio

de la diferencia entre elites y masas de condenados. Es la inferioridad de estatus lo que exige una política preventiva de inmunidad potencial frente a ellos, estén donde estén. Esta es la tarea de esa parte central del Estado que son los servicios secretos, ahora ampliados en el interior con los servicios de una policía especial. Su finalidad es impedir que aparezcan las formas en las que la gente se une, las formas de la empatía, de la suerte común, la posibilidad de que el criterio evolutivo se invierta y lo superior aparezca como lo monstruoso y lo despreciable, lo contrario a la vida común. Ni la economía ni la evolución tienen una interpretación definida. En realidad, ninguna instancia de la trascendencia puede cerrarse en un dogma, sin que una interpretación contraria le haga frente. La diferencia respecto de la teología política del neoliberalismo era que el propio mercado sabría qué hacer con los condenados de la tierra a una vida precaria: inducirlos a adoptar su culpa, su deuda, adaptarlos a sus vidas precarias, asumir su falta de temporalidad, reconciliarlos con su existencia mínima, ajustar su horizonte vital. Ahora a esas mismas vidas precarias se les exige fidelidad al *imperium*, porque se ven como nidos de resentimiento, de peligro, de desconfianza, aspectos ambivalentes a los que deben renunciar mediante una adhesión. Es preciso sacarlas de su estado inercial camino de la muerte, y resulta preciso posicionarlas en medio de las diferencias entre amigos y enemigos. Es preciso aproximarlas positivamente al brillo del poder, usar su resentimiento al servicio del *imperium*. Son las nuevas cohortes imperiales.

Esto es lo que se desprende de la ideología de Peter Thiel, el cerebro gris tras el gobierno de Trump y la inteligencia capaz de reunir a los magnates de la inteligencia artificial con la industria de seguridad, la industria penitenciaria y la industria del control de la migración, la nueva corporación que vincula *dominium* e *imperium*, generando un *mix* intenso y poderoso de industria y de aparato estatal, de tal manera que resulte indistinguible esa unidad, que no haya una medida tomada desde el *imperium* que no redunde en el aumento del *dominium*, ni una dirección de la propiedad que no esté al servicio del imperio. La indisoluble unidad de ambas cosas es lo que representa Donald Trump, haciendo indiferenciable la acumulación de riqueza personal respecto del ejercicio de su cargo como representante del *imperium*. En su artículo «The Straussian Moment», Thiel, más allá de los escándalos de Land y su Ilustración Oscura, ha presentado con la vanidad propia de un filósofo los principios de su propia forma de pensar. Mientras que la Ilustración Oscura propone una alternativa a la modernidad, Thiel ridiculiza el *homo economicus* de Locke y erosiona la Ilustración histórica mientras busca el nuevo Alejandro que reordene la república, rompiendo los equilibrios y contrapesos constitucionales desde la aspiración de un poder ejecutivo unitario y compacto, que previamente ha sido preparado por los juristas constitucionalistas como Adrian Vermeule, profesor de Harvard.

A pesar de esta misma apuesta por la desigualdad, común al neoliberalismo y a la teoría del *imperium*, el principio

esencial de discontinuidad de esta nueva teología política respecto de la del neoliberalismo es su rasgo de construcción explícita, sostenida sobre los grandes teóricos de la teología política tradicional, Carl Schmitt y Leo Strauss. Esto llama poderosamente la atención. Sin embargo, las conclusiones fundamentales de esa teología política se reducen, como *de facto* sucedía en el neoliberalismo, a ofrecer su legitimidad a la diferencia esencial de los seres humanos, solo que ahora la desigualdad se reconoce explícitamente como un peligro que requiere una teoría preventiva de la paz a través de la seguridad. Ahora las consecuencias teológico-políticas no pueden ser abandonadas a la neutralidad de la observación de la facticidad. Deben ser ulteriormente argumentadas porque se quiere construir una comunidad de amigos frente al enemigo. Por supuesto, el condenado es culpable, y lo es por su precariedad vital, que solo es un fenómeno cuando se observa en sus consecuencias sociales, pero que en realidad ya estaba en él. El hecho sorprendente de la diferencia humana es sublimado a condición vital. Pero teológicamente esta condición lleva consigo valoraciones de índole moral: falta de voluntad, de inteligencia, de carácter, de fuerza, todas aquellas cosas que sabemos dependen de circunstancias e imponderables relacionadas con el entorno y con la peripécia de un aparato psíquico. La dimensión explícita de esta nueva teología política es que requiere una confesión pública de adhesión, o al menos el consentimiento de la obediencia. El desigual debe ser obediente. Y todo esto se ofrece como una verdad acerca de la naturaleza humana.